

El último viaje

Él supo que había comenzado a perderla una mañana, justo al romper el alba, cuando la descubrió caminando por el medio de la calle desierta, en camisón y descalza, con su largo cabello blanco flotando en la bruma. Desde entonces no había vuelto a dejar las ventanas abiertas o las puertas destrabadas.

Ese día amaneció con apenas algunas nubes en el cielo, frío y claro, pero él podía sentir en sus huesos que eso no tardaría en cambiar. Como la calefacción se había apagado durante la noche, la pequeña casa de piedra estaba helada. El hombre no necesitó abrir una ventana para saber que la temperatura que había adentro era igual a la de afuera, el salitre de la brisa que se metía por cada grieta se lo dijo sin palabras.

Él se ocupó de despertarla y vestirla, de sentarla a la mesa y preparar el desayuno. Ella lo miró sin ver, con los ojos fijos en la nada. Él puso tostadas y té frente a ella. La ayudó a comer, y luego se ocupó de limpiarla.

Habían tenido el lujo de conocerse jóvenes y de disfrutarse una vida entera antes de que la mente de ella muriese. Ahora sólo quedaba un cascarón vacío. Se había ido yendo de a poco, palabra a palabra, hasta que nada quedó.

Él había tardado en notarlo. Al principio, había pensado que ella simplemente no quería hablar o se olvidaba de las conversaciones que habían tenido. Pero con el tiempo, se hizo evidente que el cuerpo tenía más vida por delante de la que su mente había logrado alcanzar. Había dejado de hablar de a poco, primero en los mercados y en la calle, luego en la casa. Finalmente reservó

sus últimas palabras para el mar. Él había guardado la esperanza de que ese mismo mar que la vio partir podría, una última vez, regresarla a él.

El hombre se puso un impermeable gastado, con la tela delgada, que nada hacía para detener el viento frío y el salpicar de las olas, y la vistió con las pocas prendas de abrigo que ambos tenían. Partieron hacia los muelles bajo el frío cielo de invierno, rumbo al bote que tanto de sus vidas había visto pasar.

Él preparó el bote de la misma forma que lo hizo desde que era un niño, cuando su padre había determinado que ya tenía suficiente edad como para ocuparse de esa tarea y hacerse a la mar bajo su propia responsabilidad.

Primero revisó que no hubiera agua en el fondo, ni ningún espacio por donde pudiera entrar. Luego se aseguró de que el pequeño motor tuviera combustible y de que, solamente como una precaución, los remos estuvieran asegurados en los costados. Por último, comprobó que llevaba la brújula, que también había sido de su padre, en el bolsillo interno del impermeable. Una vez que se sintió satisfecho con el resultado de su inspección la ayudó a subir al bote y luego subió él, y con la mano experta de una vida de práctica soltó amarras y zarpó en su viaje.

Ella estaba allí, como siempre estaba. Sentada inmóvil, con su cabeza vuelta hacia la proa y su mirada clavada al frente, entre las olas y el camino a recorrer. Mezclado con los graznidos de las gaviotas y el estruendo de las olas, le era fácil imaginar que ella seguía siendo ella, que no se había ido, que no lo había abandonado a su miseria. Que en el bote estaban ambos, y no solamente él junto al fantasma de lo que una vez había sido.

Navegó entre barcos pescadores y veleros deportivos, marcando su propio rumbo. A medida que la seguridad de la costa se iba perdiendo de vista, el cielo se poblaba de gruesos nubarrones cada vez más y más rápido, pero a ninguno de los dos pareció importarles. Él sabía que este sería el último viaje. Los médicos ya le habían dicho que ella no regresaría, y que la edad de ambos hacía imposible cuidarla como ella lo necesitaba. Le habían recomendado internarla, y por mucho que le doliese, él había tenido que fingir estar de acuerdo, pero había negociado con ellos un último intento de recuperarla. Ellos se pertenecían el uno al otro y al mar mucho más de lo que esos charlatanes de blanco podrían saber. Y él tenía en claro que jamás podría encerrar a un corazón tan libre como el suyo, porque sería como sería como intentar encerrar el mar.

En cuanto el velero que más cerca estaba se transformó en una pequeña mancha en el horizonte, el hombre apagó el motor y dejó que la marea meciese la pequeña embarcación a su voluntad. Los años le pesaban en los huesos. Su cabello, antes negro, ahora se veía del mismo gris acerado que el mar cuando tocaba el horizonte, y las arrugas que surcaban su rostro contaban la historia de una vida difícil. Su único *solaz* era ella, tan anciana como él, tan cerca y a la vez tan lejos, con los ojos clavados en la distancia.

El hombre hablaba con una voz ronca que no estaba acostumbrada a ser oída, pero con la misma suavidad que utilizaría con un animal herido o con un niño asustado. Le hablaba a ella, contaba historias de sus vidas, de la vida de ambos. Cómo se conocieron, cómo se amaron. Cómo, al no poder tener hijos, decidieron juntos adoptar al mar, y el mar pareció adoptarlos a ellos. Con cada palabra que pronunciaba las nubes iban creciendo, pasando del blanco a un gris plomizo. Pero

él seguía hablando, con la esperanza de que sus palabras funcionasen como un faro y ella pudiera, tal vez, regresar hasta él.

Una única gaviota pasó sobre sus cabezas graznando y luego se perdió en la distancia.

Durante horas dejó que la corriente los arrastrara cada vez más lejos. Nunca habían estado tanto tiempo lejos de la costa, y el hombre se lo hizo saber. Unas gruesas gotas de lluvia cayeron sobre ellos. Él se quitó el impermeable e intentó ofrecérselo, pero ella continuó con la vista clavada en la distancia.

La tormenta anticipada finalmente estalló con violencia. La despejada calma del agua se quebró en miles de olas más y más altas, que sacudieron al bote sin compasión. El hombre se sujetó con fuerza al borde, pero ella continuaba sin moverse. Parecía que el movimiento sólo lo afectaba a él. Otra ola sacudió al bote tan violentamente que arrancó el motor. En ese instante, todas sus resoluciones se deshicieron entre las gotas de salitre, y el deseo olvidado de intentar salvarse, salvarlos a ambos, se hizo presente de forma inesperada. Preso de la desesperación, el hombre intentó tomar los remos para regresar a la costa, pero el cruel vaivén de la marea simplemente se los arrancó de las manos.

Una enorme ola, gris e implacable, chocó contra el bote con tanta fuerza que arrojó a sus tripulantes por la borda. El hombre consiguió aferrarse al borde con una mano mientras escupía agua, y con la otra la tomó a ella. Ambos se miraron. Los ojos de ella eran tan grises como el mar, y el frío del agua le cortaba la piel tan crudamente como las palabras de los médicos. Les dedicó ese último pensamiento, sabiendo que ellos jamás se lo dedicarían a él.

Los dedos se le fueron entumeciendo con el vaivén de la marea. Las gruesas gotas se le metían en los ojos y le impedían ver. Luchó con todas sus fuerzas para sujetarla, pero el frío y la edad se unieron en su contra. Casi sin notarlo, la mano de ella se le escurrió, y ese cuerpo que alguna vez albergó un alma increíblemente amada, se sumergió con la paz que sólo puede encontrarse en el medio de una tormenta.

Entonces él aceptó que jamás podría separarse de ella. Y allí, en el corazón del mar, abandonó su bote para unirse a ella, y volver a abrazarla y a sentirla cerca una última vez.